

aún más la nota de ligereza en el medio punto superior, donde las piernas de una gran cortina se corren a los lados para descubrirnos un bello calado digno de una mantilla o de una peineta de concha, con el crucifijo al centro.”⁵³

Este Cristo hierático, tallado por Mariano Perusquía, citado con entusiasmo por todos los historiadores del Arte Colonial, no es lo que grita la fama. Ante él —y con buenos prismáticos— tenemos que repetir el juicio de José Moreno Villa: “Perusquía tiene un Cristo en la iglesia de Santa Clara que, a pesar de los elogios de un benemérito historiador ya desaparecido, es bastante flojo; más ancho de caderas que de pecho, presenta una silueta más femenina que varonil; la cabeza es pequeña y sin cuello; la pureza es pesada, sin gracia, con un nudo como una plasta y los dos extremos del paño guardando una simetría que cualquier maestro evita.”⁵⁴

Este Cristo y, evidentemente, el abanico para el cual fue pensado, se debió colocar muy a fines del siglo xviii, pues Perusquía, nacido en 1771, tenía apenas veinticuatro años cuando, en 1795, fue académico en escultura.⁵⁵ (¡Lástima que, desde hace diez años, una enorme escalera obstruya su vista! ¿Qué esperan para quitarla?) El Cristo no es el de Perusquía, sino uno posterior. El de Perusquía está en San Francisco. Ignoro si ya quitaron la tal escalera.

SANTA ROSA

Este otro monasterio franciscano, pues está dedicado a Santa Rosa de Viterbo, fue una de las muchas fundaciones del rico sacerdote don Juan Caballero y Ocio. Primero fue beaterio y después se convirtió en convento.

Hizo la iglesia Ignacio Mariano Casas, gran alarife barroco, y fue dedicada en 1752. Los retablos y el imafronte de los Coros, por sus muchos detalles rococós, deben ser posteriores, si bien del mismo Casas. “El cerramiento del Coro —dice Angulo— sin estar

⁵³ *Historia del arte hispanoamericano*, t. II, p. 736.

⁵⁴ *La escultura colonial mexicana*. El Colegio de México, 1942, p. 75.

⁵⁵ Manuel Toussaint. *Arte colonial de México*, México, 1948, p. 362.

compuesto con la sabiduría del de Santa Clara, es muy interesante por el curioso encuadramiento de la reja baja por medio de una serie de lienzos con marcos de *rocaille* que, en sus variadas formas y aparente desorden procuran producir ese efecto de intranquilidad y desequilibrio propio del rococó. Cual gigantesco varillaje de un bello abanico, una decoración de madera calada cierra el medio punto de la parte superior.”⁵⁶

El Coro bajo conserva su reja exterior, en cuyas esquinas superiores dos ángeles mancebos levantan las cortinas para mostrárnosla. La cráticula y la puerta se recargan con adornos barrocos y rococós, entre los cuales asoman los símbolos eucarísticos: un cáliz con la hostia irradiante y un corazón al revés que derrama a borbotones la sangre por sus venas desmesuradamente abiertas. El espacio superior de las rejas se llena con esos lienzos de “intranquilidad” y “desequilibrio” que dice Angulo, pero que, más que eso, son una rica y bien presentada decoración artística y religiosa con Cristo, la Virgen y los doce apóstoles, cada uno de éstos con la insignia o símbolo de su actividad en la tierra, tallados en preciosos relieves dorados.

En el medio punto del arco está el maravilloso calado de madera dorada, formado de ocho trozos, justo como los del “país” de un abanico, con muy bellos dibujos de *rocaille* que semejan otros tantos abanicos. En el centro, sobre una riquísima peana y con una concha al fondo como aureola reluciente, a las que hace marco una faja de nubes de color gris perla, salpicada de estrellas, se ostenta, pleno de belleza y con más oportunidad que el Cristo de Santa Clara en este abanico de sólo gracia y donosura, un Jesús adolescente, de abundosa cabellera color castaño y dulce rostro en actitud de bendecir.

En el interior del Coro bajo podemos ver el famoso y magnífico órgano del maestro Casas y muchas pinturas que han sido allí hacinadas desde la exclaustación. Una, sin embargo, está en su lugar, y es un exvoto pintado por Tomás Xavier de Peralta en 1742 y se refiere a este Coro bajo cuando era beaterio. El tema es la procesión de una Virgen por todas las iglesias de Querétaro para hacer rogativas por la peste que asolaba a la población. Apro-

⁵⁶ *Historia del arte hispanoamericano*, t. II, p. 736.

vechando la presencia de la imagen, Sor Lugarda de Jesús, que estaba parálitica desde hacia tres años, “pidió la llevasen al Coro, saliendo tan bien despachada y con tanta expedición en sus impedidos miembros que, siendo la arpista en las divinas alabanzas, al día siguiente pulsó el arpa”.

La cráticula y la puerta, en este interior, estuvieron cuajadas de reliquias, de las cuales quedan tan sólo las variadas formas de sus agujeros.

El retablo del fondo es una clara muestra de lo que en otra parte he llamado el “barroco republicano”,⁵⁷ es decir, ese barroco que se hace a mediados del siglo XIX, que conserva de su inmediato antecesor y enemigo, el neoclásico, las columnas clásicas y cierto orden académico, pero con una decidida voluntad de adornos, de policromía, de líneas curvas, que vuelve a ser, en gran parte, el barroco del siglo XVIII, nunca olvidado en México. Este retablo, que quiso ser neoclásico, conserva hasta la barroca orla de cresterías de los retablos de Santa Clara.

TERESITAS

Cualquier viajero que conozca a San Luis Potosí, Guadalajara, Guanajuato y aun a Atzacapozaltongo, en el Distrito Federal, y recuerde sus teatros “clásicos” por fuera, con fachadas de solemnes columnas jónicas o corintias y su proporcionado frontón, al llegar a Querétaro y cuando, fortuitamente, vea ante sus ojos un templo griego de seis graves y fortísimas columnas jónicas, exclamará: ¡He aquí el “teatro” de Querétaro! Pero no, es la iglesia de las madres Carmelitas Descalzas.

La hizo, en 1807, don Francisco Eduardo Tresguerras, el célebre arquitecto del Bajío. Malos tiempos eran para el barroco, a quien el neoclásico había expedido su partida de defunción. El neoclásico, digno hijo del Renacimiento (y no del gran Arte Grecorromano, salvo el encuentro de Pompeya) fue, como él, de raíz paganizante y nada amoroso o comprensivo del esplendor católico. Las monjas carmelitas tuvieron que vivir en tres gélidos

⁵⁷ *La ciudad de Cholula y sus iglesias*, por Francisco de la Maza, 1959. Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM. México.